

NARRATIVA

Recuerdos que remiten a otros recuerdos

La nueva novela de Mike McCormack, con una audaz construcción literariamente compleja, culmina en un final convencional que más bien parece una rendición

POR JOSÉ MARÍA GUEL BENZU

Esta es una novela valiente porque su autor ha concebido una estructura muy exigente: Marcus Conway se encuentra solo en la cocina de su casa leyendo la prensa y escuchando las noticias en la radio a la vez. Es el Día de Difuntos y estamos en un pueblo llamado Louisburgh, en la costa occidental de Irlanda, una aldea de piedra y barro sostenida por la tenacidad de una comunidad de agricultores y pescadores. Las campanadas del ángelus, al mediodía, desatan el vértigo de la memoria de Conway y ésta se desata en su cabeza.

Toda la novela es un texto corrido, no hay más saltos en el texto que los saltos de línea, pero todo el texto es un *continuum* que fluye y los saltos se corresponden con las pausas de la respiración o la mente de Conway; no se trata de un flujo de conciencia porque la memoria ordena las escenas que acuden a su cabeza con arreglo a la lógica de los recuerdos. Nos encontramos, pues, ante una voz interior que coloca el relato a una distancia conveniente para el lector, distancia suficiente para situar la perspectiva sin salirse del movimiento de la mente, un movimiento que no es caprichoso sino consecuencia de una memoria impulsada por las sensaciones y sentimientos de Conway. Todo este montaje va a permitir adentrarnos en la historia del personaje y su familia, que es

el resultado de un hombre de mentalidad tradicional casado con una mujer, Mairead, más culta y de mentalidad humanística, más abierta, y unos hijos de otra generación.

Como se puede deducir, es una construcción de riesgo, muy exigente para un escritor. La historia avanza a impulsos de recuerdos que remiten a otros que impulsan una revisión del pasado y de los conflictos no resueltos. En este aspecto, la novela, al contrario que en su forma, presenta un planteamiento tradicional; este planteamiento se ajusta a la convención del realismo (toda la secuencia de la exposición de pintura de la hija, Agnes, que ha sustituido el óleo por su propia sangre, a la que vale un reconocimiento entusiasta y descoloca a su padre). También al naturalismo en toda la parte en que cuenta las consecuencias físicas de la infección virica de su esposa sin ahorrar detalles.



El escritor Mike McCormack, en Bellagio (Italia) en 2018. LEONARDO CENDAMO (GETTY IMAGES)

La pregunta que nos hacemos es: ¿a qué viene una construcción literariamente compleja y de riesgo para una narración de fondo convencionalmente realista? La forma es audaz, pero el relato no tanto; estructura y contenido no se acaban de corresponder.

La novela pretende ser una especie de epopeya del individuo normal y corriente con todos sus problemas vitales, su honestidad esencial y su incompreensión del mundo más allá de su cotidianeidad que lo deja inerme frente a las grandes preguntas. La ambición es enorme, la novela es un ejercicio impresionante sostenido por una voluntad creadora no menor, pero la épica de su hombre común tiene de todo excepto lo más importante: misterio..., ahí es donde el realismo desentona. El exigente esfuerzo creador va poco a poco tropezando sobre sí mismo y se diluye en un final convencional que más parece una rendición. No cabe dudar de la calidad de la escritura de Mike McCormack, pero la sensación que deja en el lector es la de que no acaba de conseguir desprenderse de las ataduras del drama realista (mas no épico) de su personaje, pero es una lúcida y emotiva historia de nuestro tiempo contada con fe y convicción.

Huesos de sol

Mike McCormack

Traducción de Magdalena Palmer
Sexto Piso, 2021. 244 páginas. 19,90 euros